

historia en edades y categorías permite usarlo. La palabra «humanismo», por encima de tantos avatares, no ha perdido prestancia a lo largo del tiempo y no es raro el autor que, cuando trata de evocar una situación regenerativa y armoniosa, acabe apelando a la frase tópica, emotiva o muy tácita de los «valores humanistas» en su sentido tradicional. Tal es el caso por ejemplo de un profesor tan al día y perspicaz como Gilles Lipovetsky, que en las once páginas de introducción a su libro *El crepúsculo del deber*, dedicadas a conceptos innovadores de la posmodernidad —la sociedad del posdeber, del posmoralismo— aún encuentra hueco para citar cinco o seis veces los valores humanistas, que no pierden su rol afectivo en lo más crudo de la contemporaneidad. Al mismo tiempo, Lipovetsky sirve un poco de dique a las visiones de la sociedad que pecan de excesivamente escépticas y pesimistas. «Hay que deshacerse —anota— de la idea caricaturesca de un mundo en el que todos los criterios se van a pique, en el que los hombres no estarían ya sujetos por ninguna creencia o disposición de naturaleza moral». Fukuyama con su fe en la democracia liberal y Lipovetsky con su revitalización de la moralidad, impiden, ojalá, que la inercia de la degradación valorativa vuelva a su viejo cobijo del caos.

Si bien relacionamos el humanismo con la ética, la tolerancia, la libertad, conviene delimitarlo, si cabe, con mayor precisión, al menos en la sugerencia que nos anima y a la vista de que tan noble o socorrida palabra haya mantenido su prosapia en medio de una demolición generalizada de teorías y propuestas. Sin reparar demasiado en que el humanismo posea históricamente unas fronteras concretas, la pregunta consistiría en saber si determinada faceta del pensamiento actual merece en algún sentido la nominación de «neohumanista» y cuáles serían sus prerrogativas relacionadas con lo que verdaderamente está en juego.

En torno a la vaga amplitud y flexibilidad de las definiciones, un estudio de la tradición humanista, Alan Bullock, comprobó ya pasada su cincuentena, o sea tardíamente, que las palabras humanismo, humanista, humanístico y humanidades, nadie las había podido definir satisfactoriamente y optó por considerar que amparaban, antes que, escuela o, doctrina, una amplia tendencia, una dimensión de pensamiento y creencia adaptativos y conniventes. Para el arte griego de saber y enseñar, Cicerón encontró la palabra latina *humanitas*. En 1808, el alemán F.J. Niethammer acuñó la palabra humanismo por primera vez, en su forma alemana *Humanismus*, refiriéndose al lugar que debían ocupar los autores clásicos en la enseñanza. George Voigt aplicó en 1859 el término humanismo al Renacimiento, pero en el siglo XV ya se usaba en Italia la forma *umanista* para designar por los estudiantes al maestro de lenguas clásicas (Bullock: *La tradición humanista en Occidente*, 1984), y en términos generales, con

base y tradición en Italia, una de las explicaciones más rancias del humanismo se sustantiva en el redescubrimiento de la antigüedad clásica y en la fascinación por lo egregio de esta cultura, digna de ser emulada, revitalizada y superada, y no deja de resultar paradójico que lo que se presenta como paradigma de mimesis y recuperación —la vieja cultura de griegos y romanos— siente a la vez las coordenadas de un renacimiento: el humanismo del Renacimiento como una especie de retroalimentación.

Así como en el talante de estos antiguos griegos y romanos contaban por igual las preocupaciones teóricas y prácticas, y la filosofía y la física eran inicialmente inseparables, en la tradición humanista adquiere especial relevancia la figura del *uomo universale*. «Lo que en particular distingue a este período del pensamiento griego —escribe Eduard Zeller, y nos conviene retener el dato— es su completa fusión de filosofía y ciencia. No hay aún diferencia alguna entre especulación e investigación empírica. La astronomía y la matemática, así como todas las ramas del conocimiento natural, y en su comienzo hasta la medicina, se hallaban sin excepción incluidas en el dominio de la filosofía (Zeller: *Fundamentos de la filosofía griega*). En esa época la palabra griega «sofía» aún significaba habilidad técnica y no sabiduría intelectual (F.S. Mason).

Popularmente hablando, para componer por ejemplo una historia de la ciencia de la antigüedad clásica, es imprescindible citar a Demócrito, Platón, Aristóteles, entre otros, mientras que para componer una historia de la ciencia moderna no cuentan en medida básica Schopenhauer, Nietzsche o Kierkegaard, como prueba vaga del camino de la especialización, la cual en su sentido ordinario va surgiendo a medida que se descubre lo complejo, lo diverso, y se acentúa la profundidad del conocimiento, y ninguno de estos factores es ajeno al progreso de la ciencia, la técnica, la expansión geográfica, los incrementos poblacionales y la división del trabajo.

Todavía el humanismo de los siglos XIV y XV presenta ejemplos espléndidos de no especialización o, mejor dicho, de especialización varia e interrelacionada, y en la mente de todos no tiene por menos que estar Leonardo da Vinci, que entendía de arquitectura, escultura, ingeniería, por no citar la obvia función artística de la pintura, y a fuer de sabio se le consideraba casi un mago, o Copérnico, que era versado en medicina, derecho canónico, filosofía y, naturalmente, astronomía y se ganaba la vida como médico y secretario de obispo. De todos los nobles que protegieron la vida espiritual, Jakob Burckhardt vio a uno de los Médici, Lorenzo el *Magnífico*, como el más dotado de múltiples facetas. «El humanista del Renacimiento tenía que poseer una vasta erudición y conocer el arte de hacer frente a las situaciones más diversas y entender de las más diferentes ocupaciones» (Burckhardt: *La cultura del Renacimiento en Italia*).

Los orígenes de la especialización pura y dura, diversa, profunda, necesaria, tal como la conocemos hoy en sus compartimentos estancos de elitismo rutinario [Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* hizo derivar curiosamente el especialismo hacia la más dañina representación del hombre-masa: «Ellos (los especialistas) simbolizan, y en gran parte constituyen, el imperio actual de las masas, y su barbarie es la causa más inmediata de la desmoralización europea»], se hallan en realidad adscritos al primer destello de la evolución biológica y cultural. Andar a dos patas, fabricar útiles y controlar el fuego, ya constituyen, por ejemplo, tres remotas maneras de especialización.

Hay que entender que la especialización es inherente a la naturaleza del ser humano y a las imposiciones del medio, y tiene grados, tanto en el saber abstracto como empírico. Valga un ejemplo personal. Cuando se es joven y ávido de aprender, interesa aprenderlo todo, historia, ciencia, arte, costumbres, una suerte de enciclopedismo y totalidad, que al correr del tiempo y de los lastres circunstanciales, van conduciendo a un reduccionismo y focalización de determinadas cuestiones ni siquiera especializadas, pero sí indicativas de la complejidad inabordable, del temor a la dispersión o, en cualquier caso, del sentido de los límites y las prioridades, y el final es la melancolía por lo que ya se ha convertido en un déficit irremediable.

Si hubiéramos de conjugar con grandísimas reservas la idea abonada por Bacon y Pascal y otros, de que el desarrollo de la humanidad es comparable a la vida de un hombre individual, sería con el matiz importante de que la especialización humana realiza el sueño de la sabiduría a costa de su «individualidad» en la visión totalizadora, lo cual se pone de manifiesto en la «vejez». Decir que la humanidad está vieja es una licencia, y seguramente no lo está para el anhelo felicitario y la interrogación del sentido, pero sí está vieja de crimen, miseria, injusticia, cataclismo, mentira, pantomina y aburrimiento. Está vieja porque el progreso tiene su correspondiente polo negativo y entonces, ya dijimos, el progreso sólo es cambio, evolución o revolución (no tanta como se cree) y se aleja del perfeccionamiento absoluto sin cortapisas, aunque un retorno a otras formas de vida sea inconcebible o imposible, y pervive cierta fe y esperanza, un decir, en que los sistemas políticos y administrativos y los recursos de la ciencia y la técnica aporten soluciones más o menos definitivas.

La «atrincherada tradición de la especialización» (A. Bullock) y subespecializaciones varias son actualmente imprescindibles y se nutren por regla general del compartimento estanco que, en el orbe comunicativo, surge a partir de la evolucionada complejidad y profundidad del saber, la división (antimarxista) y racionalización del trabajo, las jerarquías sociales y los órdenes estamentales, todo lo cual se atiborra de un raudal de teorías y

pensamiento y se traduce finalmente, con mayor, menor o nulo entendimiento recíproco, en la acción.

En la acción múltiple y su carátula de hecho consumado puede no haber comunicabilidad en su sentido entrañable, pero lo que sí hay es un cúmulo inextricable de interrelaciones mejor o peor asumidas o deliberadas, cada una con sus áreas de influencia, cotas de poder y atosigantes escoltas burocráticas, tanto en el aspecto político como jurídico, militar, eclesiástico, académico o científico.

Y desde luego, aunque parezca obvio, hay que constatar que el estado actual del mundo y sus seres vivos, leyes, corrupciones, guerras, oficinas, deberes, invenciones, descubrimientos, chabolismo, no es más que el resultado «lógico», sin mucho misterio a partir de condiciones dadas, que provocan la evolución y los determinismos adaptativos con los que una especie animal «privilegiada» salta a la palestra y se ve precisada —aquí sí hay enorme misterio— a *sobrevivir* e intentar controlar tanto los fenómenos del cielo como los del estómago, el sexo, la muerte, impelida por su naturaleza y condición, biológica y cultural, una condición a la vez dada y que se hace por virtud de su propia actividad, y esto se advierte en cualquier buen tratado de antropología, donde el hilo democritiano del azar y la necesidad cobra, se diría, una coherencia de locos. Si bien el efecto, tras el escalpelo del zoólogo, es manejable sólo cuando se produce, hay más enigmaticidad en la causa, si fuésemos capaces de imaginar —y comprobar— una primera causa suficiente.

Nadie que no sea un charlatán se atreve a predecir el futuro (mañana puede llegar el mensaje inteligible de otra galaxia o el cataclismo que nos haga desaparecer como desaparecieron los dinosaurios), mas no hay que irse tan lejos para comprobar que el estado actual de cosas, hecha excepción de la primera causa, de la multitud de primeras causas, corresponde en gran medida a la configuración genética, neuronal y psicosomática de la especie animal devenida; estado actual de cosas que, hecha también la excepción del asombro vertiginoso, no es demasiado satisfactorio en lo que se refiere, por ejemplo, a las grandes ilusiones (no sé hasta qué punto justificadas pero totalmente deseadas) de la concordia universal y doméstica, al régimen político-social que dé gusto a todos, a la igualdad de oportunidades y al cómo y al porqué de todo este inmenso «culebrón» cósmico-hambruno-societario, cuya lucha a brazo partido es precisamente la que permite seguir escribiendo y cuyo esclarecimiento implicada cada vez más, no el ámbito descriptivo-especulativo de la condición humana y su entorno, sino el ámbito operativo-verificador que pueda asumir las dos propuestas. Y a esta visión y práctica las podríamos dominar eventualmente neohumanistas y estarían representadas por una clase de trabajado-